

ENRIQUE DIEZ-CANEDO. CRÍTICA Y POESÍA (UN APUNTE)

RAMÓN XIRAU

La obra crítica de Diez-Canedo es tan amplia como profunda y clara. Cubre, principalmente, los cuatro tomos de crítica teatral, casi todos ellos escritos después de ver la correspondiente obra en el teatro. Al día siguiente en el periódico, especialmente *El Sol* de 1913 a 1936, cubre también, cosa que no solían cultivar los críticos españoles, la literatura hispanoamericana y sobre todo la poesía de Hispanoamérica¹. También la poesía francesa, de lo cual es muestra la antología de poesía francesa de 1913, modificada y aplicada en la versión de Losada en Buenos Aires.

Los *Estudios de poesía española contemporánea*, así titulados en la edición de *Obras*, realizada por su hijo Joaquín, abarcan los ensayos sobre los primeros poetas del Modernismo en España. El estudio es de especial importancia porque, aunque en Hispanoamérica se conocían bien los antecedentes del Modernismo, no era así en los medios literarios españoles. A tal estudio remite el texto *Los comienzos del modernismo en España*².

En un análisis a la vez temático y formal, las nuevas estructuras del verso tienen aquí especial importancia. Diez-Canedo sitúa entre los precursores a Bécquer y, de manera acaso sorpresiva, a Campoamor. Bécquer, más allá del romanticismo español, es el poeta que “prefería a los timbres resonantes, la melodía envuelta”, el “salón estremecido”, la “cámara hermética”, “hinchida de atmósfera musical”. En efecto, Bécquer difiere radicalmente de poetas del estilo de un Núñez de Arce y aun de un Espronceda. En cuanto a Campoamor, lo que interesa a Diez-Canedo no es tanto el valor de su poesía, sino un hecho bien preciso: Campoamor se propuso, con poesía buena o mala, eliminar

¹ No he querido aquí sino dar una muestra de la obra crítica de Diez-Canedo. Quien quiera conocer la tradición poética, teatral y, en conjunto, literaria de la lengua castellana en los dos continentes, tendrá que leer los ensayos críticos de Diez-Canedo.

² Tomo aquí este ensayo para mostrar hasta qué punto Diez-Canedo fue preciso y original.

del poema “toda afectación”. Ciertamente a Campoamor, a quien “se le pasaba la medida”, hay que reconocerle “la expresión directa” y aun entender el sentido de su prosaísmo.

Un auténtico precursor fue Eugenio Blasco, en cuya obra se percibe la influencia de la poesía francesa. Así su poema *Las soledades* recuerda a las entonces muy recientes *Solicitudes* de Sully-Prudhomme, y alguna vez recuerda a François Copeé. La afición hacia los parnasianos y los simbolistas franceses, tan clara, característica de los poetas hispanoamericanos, está presente en Blasco, ante todo periodista, quien desde París y en los periódicos españoles proyecta hacia España “luces nuevas”.

Exactamente contemporánea de Bécquer y Rosalía de Castro, más por intuición que por afición a otras literaturas, modifica, a veces, radicalmente la métrica de la poesía castellana (así en *Las orillas del Sar*) Enrique Diez-Canedo califica a Rosalía de Castro de “la más grande poeta española”. Rosalía es de las que “saben expresar directamente su alma”. Por lo que se refiera a su estilo, escribe Diez-Canedo: “Cuando todos se ceñían al endecasílabo y al octosílabo y a lo más empleaban el alejandrino zorrillesco, ella adoptaba metros inusitados y combinaciones nuevas”. No es Rosalía de Castro antecesora del Modernismo. Lo cierto es que en ella se vive, hay que repetirlo, una poesía inédita, acaso más moderna que la de los mismos modernistas³.

Menos poeta que Rosalía de Castro, Salvador Rueda es sin duda el predecesor español más claro. El capítulo que a Salvador Rueda dedica Diez-Canedo es emocionante y muy exacto. Emocionante porque en él consta la relación personal entre el poeta y don Enrique; exacto porque se muestra aquí, en su obra lo nuevo de la música y de su métrica. La obra de Rueda se acercaría, por lo menos en intención y sin que él lo supiera, a Mallarme. Cuenta Diez-Canedo: “Cuando le hablaba de las aspiraciones de Mallarme a la palabra esencial, me decía, sin disimular su asombro: ¡Pero si eso he pretendido yo siempre! ¿De veras hacía eso Mallarmé?... Entonces le debo una reparación”⁴.

Vivo interés muestra Diez-Canedo en la última parte del volumen dedicada a quienes eran jóvenes poetas. Los analiza con gran simpa-

³ No es inútil recordar que al mismo tiempo que Rosalía de Castro, se renueva y “renace” la poesía en lengua catalana (Verdaguer, Costa i Llobera, Alcover). Dos lenguas (gallego y catalán, contemporáneos del mundo) que vienen a enriquecer la literatura ibérica.

⁴ Ironía en muchos ensayos de Diez-Canedo: ironía, precisión, calidad.

tía e inteligencia. A los que mejor estudia son a Juan José Domenchina, Pedro Salinas y Gerardo Diego.

Naturalmente entre los jóvenes destaca a Federico García Lorca. Con claridad y con hondura reseña sus obras teatrales y, a través de ellas y en ellas, la poesía⁵.

Solamente dos años mayor que Juan Ramón Jiménez, Diez-Canedo se inició en la poesía con el Modernismo. Sus dos primeros libros de poemas están ligados a lo que algo vagamente llamaré la “atmósfera” del Modernismo. Así en *Versos de las horas* (1906) y en *La vista del sol* (1907). Su poesía más personal hay que encontrarla a partir de *Epigramas americanos* (1928). Poemas de Santiago de Chile y de Buenos Aires son a la vez ricos y escuetos. En esta su época poética de “pasmo y azoro” predomina la serenidad y la apreciación de la mirada. Recordemos cómo el poeta canta las flores –azahar, azucena, jazmín, retama, amapola, romero, clavel–, con un dejo de fábula unida al alma y mundo. Así en esta espléndida estrofa:

Flor de azucena
bañada esta en la huerta por la luna
y el alma esta de tu hermosura llena⁶

Serenidad, tal vez cierta forma de estoicismo, cierta “aceptación” que oscila entre lo nostálgico y una auténtica simpatía, un verdadero amor hacia cosa, hacia seres vivos, las personas. Así en su visión de Santiago de Chile:

Toda en ángulos rectos
toda en cuadros iguales
tal como Ercilla, Oñate, severos, componían
sus poemas heroicos en octavas reales.

Poesía memoriosa, acaso con algún recuerdo del cubismo tan presente cuando Diez-Canedo escribía estos versos. Poesía sobre todo contemplativa como la del *Viejo que nos enseñaba las estrellas*. Dice el poema, uno de los más conocidos de Diez-Canedo:

Aldebará, el carro, Casiopea...
Lentamente las va nombrando el viejo

⁵ La obra de García Lorca es analizada especialmente en *Artículos de Crítica teatral*, en *Obras* (volumen 4, 1966). Diez-Canedo ve cómo la obra de García Lorca “toca a vivos fondos espirituales con alto y persistente sentido. El teatro de Lorca ligado en sus tragedias al teatro antiguo, el clásico, el de los griegos.

⁶ A veces, habría que indagarlo más a fondo, la poesía de Diez-Canedo se parece a la del “primer” Alfonso Reyes, su gran amigo.

por el fulgor del celestial cortejo
nuestra mirada atónita pasea.

El poema respira la serenidad, característica de la obra de Diez-Canedo. También hay en el "Temblor". Brilla el cielo, lo mira el poeta atónito y contemplativo ante la infinitud. Emocionante el poema dedicado a la muerte de Guiraldes:

Se fue. Ya no es mas que sombra.
Montó en su pingo pampeano
Solo se fue por el llano:
dejó atrás rancho y potrero lindero
nos dijo adiós con la mano.

En estos poemas escritos en México⁷, el poeta parece a la vez recordar y olvidar. Anda buscando el eco imperceptible, la inexistente huella del eco imperceptible, la inexistente huella de lo que fue y murió del todo.

Poesía del dolor, en efecto y, sin embargo, no desesperada sino, ante la tragedia real y vivida, serena gracias acaso a la palabra, una palabra:

Yo no sé si eres otra, si eres falsa,
si he perdido mi ruta,
si era yo el llamado a decirte,
palabra.

A pesar de todo, el desterrado lleva en su interior algo de su tierra. Dejemos que nos lo diga el poeta justamente en el poema titulado "El desterrado":

Todo lo llevas contigo
tú, que nada tienes,
Lo que no han de quitar
los reveses
porque es tuyo y sólo tuyo,
porque es íntimo y perenne,
y es raíz, es tallo, es hoja,
flor y fruto, aroma y jugo
todo a la vez para siempre.

⁷ Fue poca la poesía que Diez-Canedo escribió en el exilio. Los poemas del exilio fueron editados con el título de El Desterrado, impresos por Miguel N. Lira en 1940. La primera edición española (1991) contiene una nota preliminar de María Luisa Diez-Canedo.